

NOTAS

ARMATAMBO Y EL DOMINIO INCAICO EN EL VALLE DE LIMA

Luisa Díaz* y Francisco Vallejo**

Resumen

Armatambo es uno de los pocos sitios de gran extensión del área de Lima que en las dos últimas décadas ha sufrido mayores modificaciones debido al crecimiento de la ciudad y del que arqueológicamente es poco lo que se sabe. El conocimiento sobre este centro urbano ha estado mayoritariamente restringido a las notas de viajeros del siglo XIX y a las fuentes históricas. Estas últimas mencionan que Armatambo constituyó un centro urbano muy importante en el esquema organizativo de la costa central durante la época inca y que llegó a alcanzar la categoría de hunu. De hecho, recientes investigaciones de los autores en la Huaca San Pedro —uno de los edificios de Armatambo— han podido complementar la información obtenida en temporadas anteriores y han evidenciado la intensa ocupación incaica en el sitio. Esta se manifiesta en los grandes cambios que se dan en la arquitectura ichma, en las nuevas formas de organización y uso del espacio, así como en la aparición de cambios en el patrón funerario y la incorporación de nuevas formas cerámicas.

Abstract

Armatambo is one of the far major sites in the surroundings of Lima which suffered from severe destruction due to urban expansion. Therefore it is archaeologically poorly known, mostly through notes published by travellers from the nineteenth century and from early historical sources. The latter documents mention that Armatambo was an important urban center in the central coast during Inca times and reached the category of hunu. In fact, due to recent record made by the authors in the San Pedro Huaca, one of the monumental buildings at Armatambo, complemented early interpretations and showed intense Inca occupation. Great changes occurred in the Ichma architecture showing new architectural forms and use of space, as well as changes in funerary pattern and new ceramic forms.

1. Armatambo en el esquema organizativo incaico

El conjunto arqueológico de Armatambo, ubicado en la margen izquierda del valle bajo del Rímac, se asienta sobre la falda este del Morro Solar, en el distrito de Chorrillos, departamento de Lima. Es este macizo rocoso, que se erige como una gran elevación costera aislada, el que otorga las condiciones especiales al sitio. Desde allí, se encontraba protegida de los vientos del litoral cercano y se lograba una buena visibilidad del santuario de Pachacamac y sus islas, ubicados hacia el suroeste (Fig. 1).

En la actualidad, Armatambo constituye uno de los sitios arqueológicos del valle de Lima de mayor extensión y complejidad, manifestación de su gran dinámica asociada al funcionamiento del canal de Surco, que se dirigía hacia él y regaba sus alrededores.

Armatambo constituía uno de los sitios de mayor importancia en el valle de Lima al momento de la ocupación incaica hacia mediados del siglo XV. Allí los incas ampliaron sus estructuras, in-

* Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales. E-mail: isa@terra.com.pe

** Jr. Camaná 233, Dpto. A. Chorrillos. E-mail: f_vallejob@yahoo.com

roduciendo nuevos modelos arquitectónicos o adecuando los existentes a las nuevas funciones. Se sabe, por las informaciones etnohistóricas, que Armatambo fue también un punto importante en el esquema organizativo del gobierno incaico que se implementó en la región Ichma, otorgándole la categoría de *hunu*.

El territorio bajo control de los incas fue dividido respectivamente en provincias o *huamani*, la mayor parte de ellas correspondiente a los territorios pertenecientes a las etnias locales existentes antes de la conquista inca. Para la región Ichma correspondería la «*huamani* de Pachacamac» o provincia de Pachacamac (Cornejo 2000). El licenciado Hernando de Santillán (1968 [1563]), señalaba que el Inca realizó una división de su tierra para tener mejor cuenta y así de cada 40.000 familias hizo un *huamani*, que significa provincia.

Cobo (1956 [1653]) indicaba que en cada división territorial mayor o provincia se señalaba un pueblo como su cabeza, siendo éste enriquecido con fortalezas, templos, palacios y casa de escogidas, así como depósitos de almacenamiento para abastecerse. Igualmente había en él un tambo o posada real con mucha gente de servicio. En esta misma categoría se señala a Pachacamac entre otros sitios de igual rango. En estas cabeceras de provincia tenía su sede el *tochrico* o *tucuyricuc*, el cual contaba con el máximo de atribuciones, como la capacidad de condenar a muerte. La función de estas cabeceras de provincia fue muy importante porque, además de ser sede de la alta burocracia estatal y de las instancias mayores de gobierno local, era desde aquí que se difundía el modelo cultural y religioso de los incas.

La organización demográfica de la población bajo el sistema decimal que implantaron los incas correspondía a varias instancias de gobierno, entre las cuales se estableció como uno de los ejes a los *hunu* o administraciones a cargo de 10.000 tributarios.¹ Según el cronista Hernando de Santillán: «...para el gobierno de un valle donde había muchas guarangas, ponía un señor sobre todos que llamaban Huno, el cual era gobernador sobre los curacas de pachaca y de guaranga y ellos le obedecían como a señor. Y para las cosas tocantes al tributo del Inca y para ver si sus mandatos y régimen que el ponía se guardaban, era sobre todos el Tochriloc; por manera que cada indio obedecía al curaca de pachaca y el de pachaca al de guaranga y el de guaranga al Huno y todos al Tochriloc» (Santillán 1968 [1563]).

Al *hunu* también se le conoció como la *chunga guaranga*² y su importancia fue decisiva en el esquema de gobierno inca, al grado que los cargos de *hunucamayoc* estaban reservados a miembros de la nobleza inca. El licenciado Falcón (1918 [1567]) indica al respecto que los cargos de *apucuna* y *hunu* no eran hereditarios, sino que el Inca los designaba. Los demás funcionarios eran jefes que los incas hallaron y dejaron a cargo en sus señoríos. El rango social e importancia administrativa de los *hunucamayoc* debió ser considerable dentro del imperio y, en especial, dentro de la jurisdicción a su cargo;³ Guamán Poma (1993 [1615]) menciona que a los *hunucuraca*, llamados *hunu apu* por él, les era otorgado para su servicio personal alrededor de 30 mujeres y que también era su privilegio usar una «...tiana de palo de medio codo, llanos y la boca de la tiana la tenía pintado».

El padre Cobo (1882 [1639]), al hacer la descripción del valle de Lima antes de la llegada de los españoles, señalaba que: «... dividiáse este valle, conforme al gobierno de los Reyes Incas, en tres Unos, o gobernaciones de á diez mil familias cada una; el pueblo de Caraguayllo era la cabeza de la primera, el de Maranga, que cae en medio del valle, de la segunda, y la tercera el de Surco...». Se sabe por informaciones de los cronistas, que una provincia incaica se basaba en una cuatripartición de 40.000 tributarios, por lo que la llamada «provincia de Pachacamac» debió contar necesariamente con cuatro *hunu*.

El otro *hunu* perteneciente a la provincia de Pachacamac debió ser el de Ichma, ubicado en el valle de Lurín, del cual Rostworowski (1999) ha encontrado referencias etnohistóricas. Así, el

cuadro organizativo incaico para esta provincia quedaría establecido en base a los tres principales valles bajos que comprendían la región: el Chillón, el Rímac y el Lurín, además del canal de Surco que, dado el volumen de agua que transportaba (alrededor del 50% del caudal del Rímac (Tabla 1) y el número de tierras que servía (el 43% de las tierras cultivables del valle bajo del Rímac, Tabla 2), fue a menudo considerado como un valle aparte.

Directamente debajo de la jerarquía de los *hunu*, y manteniendo la organización decimal, se encontraban 10 *guaranga*, cada una de las cuales comprendía agrupaciones de 1000 familias o tributarios, lo que es equivalente a 10 *pachaca*, estas últimas con agrupaciones de 100 familias cada una. Falta aún encontrar información etnohistórica que aclare cuáles eran las *guaranga* y las *pachaca* sujetas a cada uno de los *hunu* de Maranga, Surco e Ichma en Lima y Lurín, para completar el cuadro organizativo del Imperio Inca en esta región de la costa central. Para el caso del *hunu* de Carahuaillo se conoce ya información relacionada con la *guaranga* de Colli y sus 10 *pachaca* (Rostworowski 1989: 36).

Además de la división demográfica decimal y por subagrupaciones quiniarias, se estableció una subdivisión territorial por *saya* o parcialidades anexas conocidas como *hanan* (arriba) y *hurin* (abajo). Santillán (1968 [1563]) refiere que fue Topa Inca Yupangui quien realizó esta división adicional de los valles o provincias. Cada parcialidad debía estar compuesta por sus ayllus, cada uno con sus respectivos jefes o principales. Igualmente el padre Acosta (1940 [1590]) dice que en cada pueblo había dos parcialidades llamadas Hanan Saya y Hurin Saya.

María Rostworowski (1999), en documentos coloniales tempranos, encuentra esta misma subdivisión de parcialidades indígenas todavía vigente para la zona de Ichma o Pachacamac en el valle bajo de Lurín,⁴ consignadas como Anan Ichma y Urin Ichma.

2. Armatambo y la administración incaica

Queda claro que gran parte de la actividad imperial incaica estaba basada en la administración y control de los caminos existentes, estableciéndose sitios claves en los puntos de interconexión entre ellos. Castro y Ortega Morejón (1974 [1558]), entre las informaciones que recogieron de los indígenas, reseñan que fue recién Tupac Inca Yupangui quien mandó construir el *Capac ñam* o camino real, con sus posadas o *tampus*.

De importancia fundamental en esta red de caminos fueron las ciudades por las cuales discurría y que formaban parte, a su vez, del engranaje de gobierno y administración del imperio. Es evidente que una serie de funcionarios estatales residían en estas localidades, variando su función y su número, según la relevancia y posición de la localidad dentro del esquema territorial incaico. En las informaciones de Vaca de Castro (1920) se menciona al *tambo camayoc* como el oficial encargado de las hosterías estatales y al *captra camayoc*, como el encargado de los almacenes estatales.

Tarea básica de la red de caminos incaica fue la de interconectar a las principales poblaciones del imperio, especialmente a aquellas que se encontraban dentro del esquema organizativo del gobierno incaico, como las llamadas cabeceras de provincia o *huamani* y los *hunu* sujetos a ellas. De hecho, sitios como Carahuaillo, Maranga y Armatambo fueron parte de la red vial del *Capac ñam* en la costa. La importancia social de estos sitios durante el periodo previo a la dominación incaica y su ubicación geográfica debieron influir decisivamente para que el camino incaico pasara por ellos, al igual que Pachacamac, que funcionó como la *huamani* de la zona. Además del camino principal o *Capac ñam* existieron otros caminos que enlazaban con él y que funcionaban como vías secundarias o de rango menor. Tenían la función de conectar todos los otros sitios aledaños con el camino principal o también funcionaron por su ubicación estratégica al servir de pasos geográficos obligados.

Canal	Dotación o proporción de agua
Ate	50 riegos u 800 lt/seg.
Surco	La mitad del agua del Rímac en la toma
Luriganchos	28 riegos o 448 lt/seg.
Huatita	Las 2/5 partes del agua en la toma
Piedra Liza	La 1/4 parte del agua en la toma
Bocanegra	36 riegos o 576 lt/seg.
Magdalena, Maranga y La Legua	El sobrante del agua del Rímac

Tabla 1. Distribución de la dotación de agua en el valle bajo del Rímac (Fuente: Memoria de la Comisiones Técnicas de Agua [1918]).

Valles (canales)	Hectáreas	Fanegadas	Porcentajes
Ate	2387	826	11,74%
Surco	8750	3027	43,24%
Luriganchos	1096,8	379,5	5,41%
Huatita	1914	662,4	9,40%
Piedra Liza	960,9	332,5	4,70%
Bocanegra	1559,1	539,5	7,70%
Magdalena, Maranga y La Legua	3572	1236	17,6%
Totales	20.239,80	7002,90	100%

Tabla 2. Distribución de la tierra cultivable en el valle bajo del Rímac (Fuente: Memoria de las Comisiones Técnicas de Agua [1918]).

Dos de estos sitios han sido estudiados por los autores: La Rinconada, ubicado en el camino secundario de comunicación con la sierra por las quebradas, y Armatambo, situado cerca del camino costero de los llanos o *Capac ñam*. La Rinconada corresponde a un sitio de ocupación ichma, reocupado intensamente durante el periodo incaico y asociado directamente con otros sitios aledaños, como La Puruchuca, Puruchuco y Huaquerones, todos ellos con amplia y notoria ocupación incaica y, al parecer, con rasgos de elitización social favorecida con los patrones culturales cuzqueños. En La Rinconada son de gran recurrencia los contextos funerarios del periodo incaico; como tal se ha convertido en una fuente importante de conocimiento de patrones funerarios y estilísticos.

El centro urbano de Armatambo o Sulco, como antiguamente también era conocido, fue sin duda de gran importancia dentro de la sociedad Ichma a la cual pertenecía, pues era uno de los sitios de mayor envergadura relacionados con ella. Durante el periodo incaico, Armatambo fue modificado considerablemente para adaptarse a las nuevas funciones que la administración imperial cuzqueña requería para el lugar, alcanzando su máximo apogeo y esplendor. Las excavaciones en un sector del sitio arrojaron, durante los trabajos, grandes acumulaciones de excremento de camélidos en múltiples estratos sucesivos de 60 a 80 centímetros de espesor y cubriendo una amplia zona, lo que

indicaría la existencia de enormes corrales, destinados al manejo de las continuas caravanas de camélidos que circulaban por el camino incaico (Díaz 1998).

Cronistas españoles que conocieron Armatambo, como el padre Bernabé Cobo, indicaban la existencia de grandes huacas o templos, así como de la casa del curaca local, pintada con varias figuras de animales: «...era este postrero pueblo el mayor de todos, y estaba asentado en la falda oriental del Morro Solar, donde al presente permanecen sus ruinas y se echa de ver haber habido muy grande población; vense las casas del Cacique con las paredes pintadas de varias figuras, una muy suntuosa guaca o templo y otros muchos edificios que todavía están en pie sin faltarles mas que la cubierta [...] a estos pueblos como cabeza de gobierno obedecían innumerables lugarejos de corta vecindad que habían en sus límites de los cuales apenas queda memoria, ni aún de los nombres que tenían más que una infinidad de paredones y adoratorios que hay por todo el valle...» (Cobo 1882 [1639]).

3. Los contextos arqueológicos asociados con el periodo incaico

3.1. La arquitectura

En Armatambo, un sitio evidentemente complejo desde el punto de vista urbano por su extensión y diversidad de estructuras (Fig. 2), los registros estratigráficos obtenidos a través de la excavación en área de varias de estas estructuras no dejan duda de la superposición de las técnicas arquitectónicas en base al adobe rectangular sobre la tapia. Tomando este elemento básico como premisa y considerando la asociación de estas técnicas con otros materiales culturales respectivamente, ha sido posible definir claramente la relación de cada una con los periodos inca o ichma, según sea el caso.

En la época Ichma Tardío las técnicas constructivas cambiaron radicalmente, pues se emplearon con más frecuencia los adobes paralelepípedos o adobes rectangulares del tipo incaico. Estos adobes son de varios tamaños, entre medianos y grandes, aunque su altura promedio fluctúa mayormente entre los 12 y 14 centímetros. Las improntas en estos adobes evidencian el uso de la gavera, mientras que siempre quedan en el lado superior del adobe huellas de manos producidas al emparejar el barro dentro de ella. A diferencia del adobe ichma, los adobes incas contienen algunas inclusiones en la mezcla arcillosa, como pequeñas piedras, fragmentos de moluscos o pedazos de cerámica, aunque todos estos elementos aparecen en pequeña proporción.

Edificios notables con este tipo de adobes son los de Pachacamac, como el Templo del Sol, el palacio de Tauri Chumpi y otros, entre los que destacan muchas de las pirámides con rampa que existen en el sitio. En el valle de Lima, además de Armatambo, donde este tipo de adobes fue usado extensamente en muchas estructuras, están los sitios (o sectores de éstos) de Macattampu y Limatambo, reportados por Tello (1999). Es importante señalar que Tello había ya definido las características del adobe rectangular de tipo incaico en sus trabajos sobre el valle de Lima, los cuales recientemente se han podido llegar a conocer gracias a que la Universidad Nacional Mayor de San Marcos ha publicado estos estudios que permanecían inéditos.⁵

Entre los edificios donde recurrentemente se ha empleado este tipo de adobe están varias de las pirámides con rampa de Pachacamac, y una que recientemente ha sido excavada en Armatambo (Díaz y Vallejo 2003a) (Fig. 3). De acuerdo con las evidencias, varios de estos edificios pertenecerían cronológicamente al periodo incaico, lo que, por cierto, es una afirmación polémica, si se tiene en cuenta que hasta el momento diversos investigadores los han asignado al Periodo Intermedio Tardío. Los autores sostienen, en todo caso, que algunas interpretaciones en torno a la presencia incaica en las pirámides con rampa deben ser revisadas y no considerarla sólo secundaria o intrusiva en este tipo de edificios.

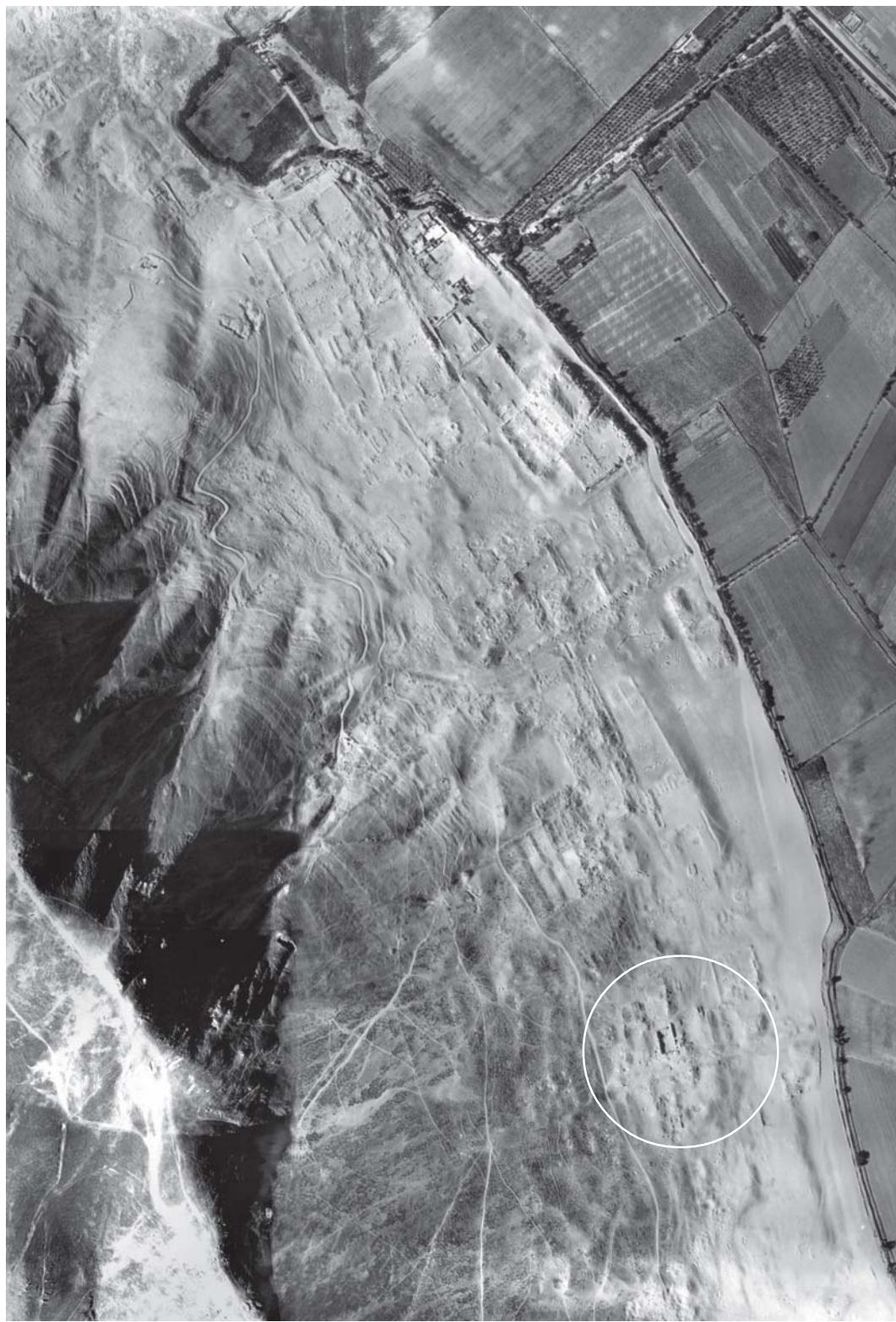


Fig. 2. Armatambo. Vista aérea del complejo urbano (SAN 1943). En el círculo, el área de la huaca San Pedro.



Fig. 3. Armatambo SP1 (sector San Pedro). Pirámide con rampa.

Las pirámides con rampa constituyen un tipo de edificio prehispánico que evidencia un modelo arquitectónico recurrente en la costa central peruana especialmente difundido en los valles de Lurín y Rímac. El sitio donde se ha encontrado la mayor concentración de pirámides con rampa es Pachacamac en el valle de Lurín y es precisamente en este importante sitio arqueológico donde se ha podido definir el modelo arquitectónico a partir de la excavación de tres de ellas: las pirámides con rampa 1, 2 y 3 (Jiménez Borja 1985; Paredes y Franco 1987; Paredes 1988; Eeckhout 1995, 1999; Franco 1998), aunque la mayor parte de ellas permanecen inexploradas al presente, pues se contabilizan alrededor de 15 pirámides con rampa en el área nuclear urbana de Pachacamac.

Mucho se ha discutido sobre el carácter de estos edificios: cada investigador considera diversas funciones, entre ceremoniales y receptoras de tributos; sin embargo, la ausencia de elementos diagnósticos que certifiquen una función determinada y recurrente a todas las pirámides con rampa hace que la función de éstas sea por ahora un misterio. En el valle de Lima este modelo arquitectónico también habría gozado de amplia distribución aunque, debido al avance urbano reciente, la mayoría de estos edificios ha desaparecido. Se sabe, sin embargo, que se encontraban presentes en sitios como Huaquerones, en Ate, Maranga y Armatambo.

Arquitectónicamente, las pirámides con rampa tienen un esquema distributivo que comprende un patio delantero rectangular, en el que se ubica, en uno de sus extremos, una rampa de acceso al volumen piramidal. Esta rampa, por su volumen, debió ser el componente principal del conjunto. El volumen piramidal en sí se encuentra definido por un segundo patio de menor tamaño, pero de planta en «U», orientado hacia el patio delantero y al cual se accede por una segunda rampa (Fig. 4). La segunda rampa es de menor tamaño que la primera, lo mismo que el patio en «U»; sin embargo, su posición y altura en el edificio hacen de estos elementos los de mayor importancia.



Fig. 4. Armatambo SP1 (sector San Pedro). Rampa de acceso al patio en «U».

El eje dispuesto para ambas rampas constituye la orientación general de estas pirámides, la que es variable si se establecen comparaciones entre ellas, aunque predominan las que se orientan al Este y, en menor proporción, hacia el Norte.

En Armatambo, las pirámides con rampa identificadas a partir de la foto aérea de 1945 (Servicio Aerofotográfico Nacional [SAN]) (Fig. 5) demuestran este mismo patrón arquitectónico, manteniendo una orientación básica en todas hacia el Este, pero varían en las dimensiones, lo que podría indicar algún tipo de jerarquía entre ellas.

En el caso de la Pirámide con rampa de Armatambo SP-1, ésta se encuentra orientada hacia el Este, con una mampostería de adobes rectangulares, típicos del periodo incaico en la costa central. Varios de los ambientes presentan un fino enlucido de barro arcilloso, así como una serie de banquetas que se ubican principalmente en el patio en «U». Los pisos se encontraron igualmente enlucidos y con una base elaborada mayormente a partir de adobes de forma cuadrangular. En el planeamiento estructural de este edificio se aprecia la disposición de algunos ambientes en diferentes niveles, a los cuales se descendía por escaleras elaboradas igualmente en adobes. En el patio en «U», definitivamente el área central y de mayor jerarquía del edificio, se hallaron roturas del piso, las cuales mantenían un patrón lineal y paralelo con los muros norte y sur, lo que indicaría la colocación de postes o columnas con el objeto de sostener un techo de gran dimensión que cubriera todo el patio. Hacia el lado oeste, en el eje de las roturas del piso, se ubicaba un acceso hacia un ambiente posterior; el vano de acceso estaba finamente enlucido con una grada elaborada en adobes y con un peldaño trabajado en madera. El muro que contenía este vano tenía un grosor de 90 centímetros.

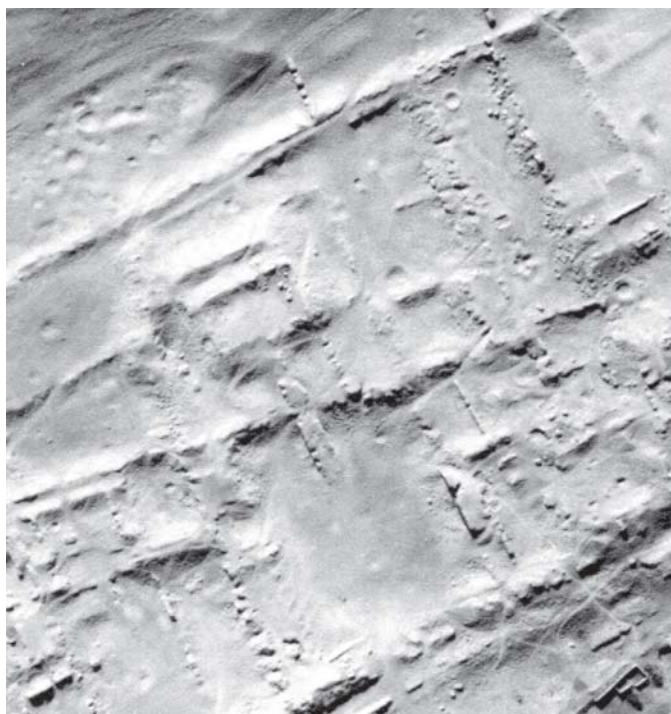


Fig. 5. Armatambo. Foto aérea de la Pirámide con rampa (sector Marcavilca).

Los pisos se encontraron por lo general limpios y con muy pocas evidencias de la función desarrollada sobre ellos, salvo en uno de los ambientes que presentaba seis capas superpuestas y que contenía gruesas adherencias de restos orgánicos y deshechos de actividad textil, como varias agujas rotas y diversos tipos de hilos. En varios de los muros de este edificio han sido hallados graffiti, siempre ejecutados sobre muros previamente enlucidos. Algunos muros no mostraban huellas de abandono o desgaste, en cambio se encontraban en muy buen estado de conservación, lo que descarta que estos graffiti hayan sido hechos en momentos de abandono o deterioro. Es difícil precisar si los graffiti fueron ejecutados como parte de alguna práctica ritual, o al momento de clausura y relleno del edificio. Los mismos motivos dejan poco espacio para hipótesis, dado que se componen de diseños de orden geométrico como círculos u hoyos y triángulos. Otros pueden interpretarse como una representación zoomorfa o fitomorfa, destacando el diseño de un animal, al parecer una hormiga, así como el de dos cuadrúpedos muy estilizados y el de una planta de maíz (Fig. 6).

3.2. Los murales

Recientemente, dentro de las excavaciones que se desarrollan en Armatambo, se ha descubierto un recinto de 2,5 metros de largo por 1,5 metros de ancho, decorado con pinturas murales (Fig. 7), muy similares en estilo y técnica a las halladas en Pachacamac. Este recinto se compone de cuatro muros perimétricos y de una escalinata de ingreso elaborada en adobes rectangulares o paralelepípedos de 34 por 24 y 14 centímetros en promedio. La orientación básica de los muros del recinto es Norte-Sur y Este-Oeste. La escalinata hace su ingreso al recinto desde el lado este del mismo y se divide a su vez en dos secciones: la primera sección, orientada de Este a Oeste, está compuesta por cuatro peldaños; la segunda sección, donde dobla la escalinata, se orienta de Sur a Norte y se compone de un peldaño que se conecta con una pequeña rampa, la misma que se prolonga hasta el piso del recinto.

Este recinto presenta características intrusivas en el terreno, ubicándose al interior de otro recinto más antiguo (Recinto 1-O7), conformado por muros de tapial del tipo Ichma, el cual fue previamente relleno. Estructuralmente, el recinto de los murales (Recinto 2-O7) es de poca elaboración, pues los muros Este, Sur y Oeste, que han sido elaborados en adobes rectangulares, presentan una sola hilera de adobes dispuestos en soga, y aunque éstos se encuentran unidos por una argamasa de barro arcilloso, el hecho de apoyarse directamente en el relleno adyacente hizo que el recinto tuviera poca estabilidad. El lado norte del recinto utilizó directamente el muro anterior de tapial preexistente, lo que resulta bastante incongruente con la decoración pictórica de sus paredes, pues otros muros de mejor factura estructural hallados en otros sectores apenas presentan un enlucido de barro sin mayor decoración adicional.

Las pinturas murales de este recinto muestran motivos de peces y de plantas de maíz, éstas últimas representadas enteras y dentro de paneles rectangulares que les sirven de marco. Algunos de estos paneles fueron remarcados, no con líneas negras, sino con un tono más oscuro del color existente en el mismo panel. Los colores empleados en los diseños principales fueron el amarillo, rojo, negro y verde. El Muro Este, donde se ubicaban los diseños de plantas de maíz, presentaba adicionalmente una hornacina rectangular. Es preciso destacar que existieron varias capas de enlucido y pintado de los muros del recinto, percibiéndose al menos tres momentos superpuestos de desarrollo de las pinturas murales. La última capa de pintura, al parecer, fue de un solo color, utilizando para este fin el celeste claro. Cabe destacar que aunque el estilo de estas ornamentaciones de peces corresponda al estilo Ichma, el recinto en sí es de la época inca, lo que habla de una mixtura de ambos estilos en Armatambo.

Dado que este recinto se concibió para que fuera de disposición semisubterránea, se acondicionó una escalinata en su ingreso por donde se podía descender a su interior. Por las evidencias halladas al momento de la excavación, los muros laterales a la escalinata fueron a su vez decorados con pinturas murales, los que estaban, lamentablemente, en mal estado de conservación. Todo parece indicar que el recinto fue dejado a la intemperie por un tiempo prolongado, pues se han hallado evidencias de desgaste y erosión por efecto de la humedad y de las lluvias que ocasionalmente se producen en esta zona.

La función original del recinto pintado en Armatambo permanece sin aclarar, aunque es probable que se relacione con elementos rituales o de culto. Se incorporan aquí motivos de típico estilo Ichma, como los peces representados, y motivos del estilo Inca, como los maíces (Fig. 8). Este mismo motivo de maíces, ubicados dentro de paneles, también se le encuentra en vasos de cerámica incaica del tipo kero, hallados tanto en Pachacamac como Armatambo (Fig. 9, *cf.* Eeckhout 1995: 95). La importancia de este recinto reside además en el hallazgo de pequeños textiles finamente decorados del estilo Inca en su relleno, así como un fragmento pequeño de oro, ambos como remanentes de lo que en algún momento hubo en su interior. Ofrendas adicionales de valvas de *Spondylus* fueron también depositadas en los lados externos del recinto, lo cual aumenta el valor ritual o simbólico del mismo.

Aunque pocos murales prehispánicos se han conservado, parece que en la época de funcionamiento de las principales estructuras indígenas fueron a menudo empleados como técnica ornamental o de representación simbólica en muchos de sus edificios y todo indica que estos se utilizaron como técnica decorativa en muchos de sus principales edificios durante el periodo incaico. Algunos cronistas españoles de los siglos XVI y XVII han dejado testimonio de varios de ellos, especialmente de los que se encontraban en las ciudades costeras. Cieza de León (1947 [1553]), uno de los cronistas con mayor rigor documental, apuntaba sobre el gran Templo del Sol en Pachacamac:⁶ «...el cual estaba edificado sobre un pequeño cerro hecho a mano, todo de adobes y de tierra, y en lo alto puesto el edificio, comenzando desde lo bajo, y tenía muchas puertas, pintadas ellas y las paredes con figuras de animales fieros».

También el padre Bernabé Cobo (1882 [1639]), importante cronista de la ciudad de Lima y de muchas de las costumbres indígenas, reseñaba lo que el pudo ver en Armatambo: «... se echa de ver haber habido muy grande población; vense las casas del Cacique con las paredes pintadas de varias figuras, una muy suntuosa guaca o templo y otros muchos edificios que todavía están en pie sin faltarles mas que la cubierta...».

Es claro que muchos de estos murales desaparecieron con el paso del tiempo, sea por el clima húmedo de Lima como por la funesta acción de los buscadores de tesoros que constantemente excavaban las numerosas huacas de Lima y Pachacamac. En Armatambo, Bandelier (Hyslop y Mujica 1992) halló un gran friso polícromo con la representación de elementos zoomorfos muy estilizados, que en líneas generales presentaban un tratamiento geométrico, muy similar al que se plasmaba en los textiles. Los detalles de este hallazgo aún permanecen inéditos en los diarios de campo de Bandelier, pero definitivamente redonda en la importancia y categoría de la ornamentaciones existentes en Armatambo.

Hasta donde se conoce, la técnica empleada en los murales fue al temple, sobre una base arcillosa preparada y previamente enlucida. Los colores mas usados fueron el rojo, presente en varias tonalidades, el crema, blanco, amarillo, verde y azul pálido o celeste, todos en acabado mate y con muchos de los motivos remarcados por líneas de color negro. El cronista Cobo (1956 [1653]), relata que usaban tierras de colores como la *colpa* para el color ocre, la *ojra* o *quellu* para el amarillo, el *pitu*, de color anaranjado, y la *puca allpa* para el rojo o almagre. Señala también que era muy usada por los pintores la piedra *corahuari* por su color verde.

En la relación elaborada por el licenciado Francisco Falcón hacia 1571 (cf. Rostworowski 1975), referente a los oficios asignados a los indios yungas por los incas, constan los «Ychma camayoc, yndios que labran tierra de colores», por lo que quizás estos oficios sean referidos a aquellos que debían procesar los pigmentos necesarios para los murales. También Guamán Poma (1993 [1615]) hace referencia a los *cucoc llimpec*,⁷ cuyo oficio era en la época inca el de ser «pintores en paredes, queros y mates».

3.3. La cerámica

Luego de la época Ichma Medio, los cambios en la sociedad Ichma parecen ser de gran envergadura, percibiéndose modificaciones importantes en casi todos los órdenes culturales y tecnológicos. Muchos de estos cambios percibidos en la cerámica son inmediatamente anteriores a la llegada del Estado Inca a la costa central, e incluso varios de estos cambios aparentemente coinciden con un primer momento de influencia de la cultura Inca. Por ello se ha segregado a esta época en dos momentos: Ichma Tardío A e Ichma Tardío B.

En la fase Ichma Tardío A aparecen nuevas formas cerámicas, pero se mantiene en gran parte los cánones decorativos de la fase anterior. Las vasijas decoradas muestran gran variedad, aunque siempre son escasas en comparación con el material no decorado. Estas vasijas decoradas incorporan nuevos elementos plásticos, como el de figurines escultóricos, tanto en la unión del cuello con el cuerpo como en el cuerpo mismo, especialmente en forma de monos, perros y felinos. Varios de estos animales se tapan el rostro con una de sus patas.

Las formas domésticas, como ollas y cántaros, también experimentan muchos cambios, lo cual es novedoso en la producción cerámica ichma, pues en las fases anteriores este tipo de vasijas presenta menor variabilidad. Las ollas emplean las asas medianamente cintadas en unión del labio con el tercio superior del cuerpo. Los cántaros y ollas, en su mayoría, exhiben una decoración de bandas verticales cremas sobre el fondo rojo natural.

Muchos de los cambios que se producen en esta fase están distribuidos entre varias características tecnológicas o morfológicas que afectan a casi todas las vasijas. Las arcillas, hasta la fase anterior casi siempre locales, comienzan a mostrarse más variadas, percibiéndose mayor movimiento de vasijas que están manufacturadas en otros talleres en base a arcillas y temperantes no locales. Los temperantes principalmente, más el tipo de arcilla empleada, son buenos indicadores de la proveniencia de la vasija y de la zona geográfica donde se produjo. Así, los temperantes en base a piedra molida, son más frecuentes en esta fase. En general, las vasijas exhiben mejor cocción a mayor temperatura, siendo abundantes los tipos con sobrecocción.

En la fase Ichma Tardío B, se consolidan muchos de los cambios de la fase anterior, pero es evidente que los cambios son de mayor trascendencia y que exceden a los elementos cerámicos. La presencia del material cerámico de estilo Inca es manifiesta y muy variada, presentándose en los contextos asociados todas las formas típicas del estilo cuzqueño (Fig. 11). Los aríbalos, platos y tazones son los mas frecuentes en los contextos del periodo Ichma Tardío B, pero es común hallar estas vasijas con otras formas cerámicas del mismo estilo incaico; muchas de estas formas cuzqueñas son de manufactura local, empleándose para el caso las arcillas y los pigmentos locales (Figs. 12, 13). Es claro que la ocupación incaica fue intensa en esta región y la llegada de elementos cerámicos del estilo cuzqueño fue bastante usual. Los contextos arqueológicos asociados con este periodo presentan una significativa cantidad y variedad de elementos cerámicos del estilo Inca en tal grado que indudablemente la producción de la alfarería incaica fue generalizada.

Además de las formas típicas del estilo Inca surgen nuevas formas y elementos decorativos que bien pueden considerarse como mezclas con el estilo local o como evoluciones propias de los tipos cuzqueños. La denominación de este tipo de vasijas es dificultosa debido a que ya se ha usado repetidamente el término «Inca provincial» con varios significados, por ello es preferible denominarlo «Inca regional», dado que este conjunto es exclusivo de una región determinada, en este caso la costa central peruana.

Los acabados en el estilo Inca regional son bastante finos, como las vasijas de superficie pulida terminadas en cocción reductora, algunas de las cuales presentan un acabado en color negro brillante muy particular, denominado plombatinado. Muchas de la formas incas aribaloides reproducidas en pequeñas jarras de color negro pulido con la reproducción de un rostro en el gollete son frecuentemente acabadas con la técnica del plombatinado, aunque existen variantes con decoración policroma elaboradas en ambiente oxidante. Un tipo frecuente de forma aribaloide es elaborado en ambiente reductor y presenta en el cuello la reproducción de un rostro de facciones algo similares a las que se encuentran generalmente en estos tipos, pero añade además decoración incisa en el cuerpo de la vasija con detalles de los brazos y manos del personaje. También se emplean repetidamente engobes de color naranja y pulido, además de engobes de color rojo violáceo con acabado mate. Con este último tipo de engobe suele asociarse casi siempre un tipo de pasta que incorpora gran cantidad de elementos líticos molidos como el granito.

En lo que respecta a las formas propiamente ichma, hay varias que son únicas de esta fase y aunque no necesariamente adoptan modelos iconográficos cuzqueños, se asocian contextualmente con los tipos cerámicos incaicos; sin embargo, por técnica, morfología y decoración pertenecen a la tradición cerámica local, razón por la que se les ha segregado como pertenecientes a la fase Ichma Tardío B. Muchas formas cerámicas de las fases anteriores entran en un nuevo desarrollo durante esta fase, en especial presentando un acabado en ambiente reductor bien controlado, lo que les proporciona un color negro muy intenso, además del efecto del pulido superficial.

Los cambios morfológicos en esta fase son muy variados, aunque se encuentran enmarcados dentro de un comportamiento similar que afecta a la mayoría de tipos cerámicos. Los patrones de

cambio están generalmente establecidos por el uso frecuente de bases planas, asas cintadas, decoradas con líneas paralelas de color blanco o crema, y un círculo alrededor de la base del asa, también del mismo color, sobre una base engobada de color rojo violáceo; labios con bordes o rebordes fuertemente biselados y labios con un grueso reborde pendiente. También es recurrente la utilización de cuellos expandidos de forma acampanulada.

Los componentes y tipos de arcillas empleados en la producción de la cerámica son claramente seleccionados y es frecuente el uso de temperantes líticos, como el granito molido. La presencia de este tipo de elementos líticos es más evidente en las vasijas engobadas de rojo violáceo, lo que sugiere la presencia de talleres especializados en las zonas donde este material existe. También el uso de estos temperantes líticos es constante en las tinajas y otras grandes vasijas. Es claro que el objeto de añadir este tipo de temperantes e inclusiones en la pasta se relaciona con la dureza y mayor solidez que estas vasijas adquirirían luego de la cocción. Entre los cambios importantes en esta fase está el uso de moldes, especialmente en la elaboración de figurinas femeninas, las cuales se vuelven muy populares y variadas, aunque mantienen los mismos cánones de concepto. A menudo se aplica una capa de pintura crema sobre toda la superficie o en algunos de los detalles escultóricos.

Además de las formas pertenecientes a los estilos Ichma Tardío B e Inca regional, no es algo inusual hallar formas pertenecientes al estilo Chimú o Chimú-Inca, lo que ha llevado a algunos investigadores a diversas interpretaciones, asociándolas la mayoría de ellos a la presencia de mitimaes provenientes de la costa norte peruana. Sin embargo, es notorio que estas vasijas son completamente diferentes a nivel estilístico con el Ichma Tardío y el Inca regional, haciéndose notorio que su producción es totalmente foránea a la región Ichma, en especial las pertenecientes al estilo Chimú. La presencia de muchas de estas vasijas puede deberse a intercambio o de tributación, elementos muy comunes durante el periodo incaico, en especial este último que parece determinante en gran parte de las correspondencias sociales que se dieron en ese periodo. Es imprescindible por ello, un análisis definitivo de arcillas y pastas que identifique claramente los centros de producción alfarera en la región Ichma, para, a partir de ello, esclarecer la situación de los mitimaes y su implicancia en el desarrollo de la cerámica en la región para el periodo incaico.

Durante la fase Ichma Tardío B el corpus cerámico principal parece estar basado en tres grandes grupos que confluyen e interactúan entre ellos: el estilo Ichma local, el estilo Inca cuzqueño y el estilo Inca regional. Tanto el Ichma como el Inca son dos estilos que se inscriben cada uno en una tradición anterior y propia; el estilo Inca regional surge como una mezcla o «hibridación» de los dos anteriores y que a su vez recibe aportes importantes de estilos de origen norteño como el Chimú o el Chimú-Inca. Causa, sin embargo, extrañeza la poca o nula presencia de material o influencias de los estilos Chíncha e Ica, a pesar de su gran calidad estética y plástica, lo cual los podría convertir en elementos de prestigio y demanda. Tal parece que la relación con esta región sureña fue muy escasa o limitada a sólo algunos pocos elementos culturales, hecho ya notorio durante todo el desarrollo del estilo Ichma y que se repite también durante el periodo incaico.

3.4. El patrón funerario

En la época Ichma Tardío conviene hacer una distinción entre sus dos fases, A y B, que tienen comportamientos muy diferenciados. Así, durante la fase A, las tumbas ichma mantienen bastantes elementos precedentes, como la posición del individuo y la ubicación de las tumbas, evitando por lo general las áreas de arquitectura. Sin embargo, las características del fardo cambian sustancialmente, pues se prefiere el relleno de algodón en lugar de fibra vegetal, como la fibra de enea o totora. La aparición de un mayor número de textiles asociados, aunque en tela llana y con sólo decoraciones listadas, es otra de las modificaciones que presentan los fardos. Algunos de ellos comienzan a destacar en cuanto a su acabado y en tamaño, utilizándose muchas veces un

sobreenvolvimiento de soguillas dispuestas de manera reticular alrededor del fardo e incluso dejando un espacio circular o cuadrangular a la altura del rostro del individuo. El individuo no parece recibir ningún tratamiento diferencial con la época anterior, manteniéndose la disposición flexionada del cuerpo y las manos dispuestas sobre el tórax. Los pies, por lo general, se presentan colocando el pie derecho sobre el pie izquierdo en los individuos adultos.

En el caso de las ofrendas de cerámica asociadas suele ser menor el número de vasijas que acompañan al individuo, prefiriéndose sólo dos o tres de ellas por lo común y es frecuente el acompañarse de ollas con superficie tiznada. Entre las vasijas decoradas comienzan a ser frecuentes las del tipo cara-gollete y otras relacionadas con la decoración del tipo Puerto Viejo, al menos entre los asentamientos del litoral como Pachacamac y Armatambo. En los sitios más apartados hacia el interior de los valles este tipo de vasijas son muy escasas e incluso desconocidas.

En la fase B los cambios en el patrón funerario son mucho más notables y variados. Conviene precisar que durante esta fase la presencia de material incaico es relevante, por lo que muchos de estos cambios están enmarcados dentro del proceso general del Tahuantinsuyo, pero con ciertas particularidades locales. Así, muchos de estos contextos funerarios suelen ser múltiples y con acondicionamiento estructural de la tumba, a diferencia de las épocas precedentes. En general, las tumbas se ubican en áreas de arquitectura, reacondicionando espacios y reutilizando los materiales componentes de la arquitectura misma, como los adobes que provienen por lo general de estructuras previamente desmanteladas. En muchos casos las estructuras de tapia o adobe han sido previamente rellenas o sus espacios redelimitados para contener las tumbas. En las tumbas múltiples sus espacios son más elaborados, convirtiendo cada una de ellas en una estructura individual a manera de cámara funeraria. También algunos recintos de diversa función anterior son reutilizados como cámaras funerarias; este caso se ve muy a menudo en los depósitos u otros recintos que adolecen de ingreso lateral.

En las pirámides con rampa excavadas en Pachacamac y recientemente en Armatambo es común el hallar un área de recintos sin ingreso lateral utilizada como cámara funeraria de entierros múltiples, pero es difícil precisar la función original de estos recintos, si eran depósitos en un primer momento o si siempre fueron planificados como cámaras funerarias dentro del concepto básico del edificio. El elemento común constituye hasta ahora que estas tumbas pertenecen siempre a esta fase.

En Armatambo, en 1982 (Ruales, Tosso y Vallejo 1983), fueron excavadas una serie de tumbas de la fase B, las que reutilizaron un área destinada anteriormente a la función de depósitos, dentro de una arquitectura planificada y elaborada partir de adobes del tipo Inca. En varios de los recintos que no fueron reutilizados como tumbas aún se conservaban diversas semillas que originalmente contuvieron, tanto en las esquinas como sobre los pisos. Los pisos mismos evidenciaban desgastes y erosiones producto del contacto con material orgánico y múltiples hoyos dejados por los insectos o coleópteros que se alimentan de las semillas. Las tumbas pertenecientes a esta fase fueron en su mayor parte intrusivas, rompiendo los pisos de los recintos. Una tumba hallada en este sector evidenciaba una gran elaboración, incluyendo numerosos objetos dentro del ajuar funerario, en especial textiles diversos con representaciones iconográficas complejas, así como varios elementos incas como cerámica y textiles igualmente asociados al conjunto. Tanto los textiles y la cerámica hallada denotan un tratamiento estilístico como tecnológico ligado a las características locales ichma; incluso un plato de cerámica de estilo cuzqueño es elaborado con arcillas y pigmentos locales, lo que indica claramente una gran interacción entre ambos estilos, pero también señala una continua penetración de los patrones culturales cuzqueños en la sociedad local. La importancia del personaje inhumado se reafirma, además de las ofrendas asociadas, en el hecho de que a su lado se halló una joven mujer sacrificada (Vallejo 1988).

En las tumbas individuales el tratamiento es, por lo general, menor, salvo que ésta sea de un personaje de elite. Las cistas suelen estar parcialmente recubiertas o reforzadas en su interior con adobes o fragmentos grandes de ellos, especialmente en la base, que provienen de otras estructuras. En sitios ubicados al interior del valle, el recubrimiento de la cista es elaborado con piedras angulosas (Tabío 1969). Los grandes fardos o los de rango social elevado, muchos de ellos dispuestos en tumbas individuales, son asentados en la base de la tumba con un círculo de adobes o piedras.

Los fardos, a diferencia de la época Ichma Medio, en varios casos están muy elaborados, con rellenos voluminosos, empleándose motas de algodón con sus semillas, pero especialmente textiles diversos. Muchos de estos textiles, por su acabado rústico, parecen haber sido manufacturados exclusivamente para el relleno de los fardos, a manera de sucesivos envoltorios del individuo. Es frecuente también el acondicionamiento de otras piezas textiles más elaboradas al interior de los fardos, como prendas de vestir e incluso mantos decorados con diversas técnicas y motivos iconográficos (Figs. 14, 15). Para estos casos, la presencia del *Spondylus* es casi constante, convirtiéndose a la par de los tejidos en un elemento de distinción y rango. También son recurrentes diversas bolsas o chuspas (Fig. 16) y caleros. Muchos de los fardos y algunas ofrendas asociadas se depositan sobre una delgada esterilla de junquillos finamente tejida; este tipo de esterilla también cubre directamente al fardo como un aditamento superestructural al mismo.

Los individuos en esta fase demuestran un tratamiento mejor y más complejo, algunos llevan pintura facial de color rojo; en general parece que se les ha sometido a un proceso previo de conservación o desecación del cuerpo. El buen estado de conservación de los individuos en esta fase ha hecho que en varios de ellos se preserven evidencias de tatuajes o pintura mortuoria en sus brazos y piernas. Los diseños son estilizados, parecidos a los motivos de peces que aparecen en la cerámica y siempre están delineados en color azul. Los rostros de los individuos, como se ha indicado, son en algunos casos pintados de rojo, con un pigmento bermellón intenso, al parecer proveniente del cinabrio.

Las ofrendas que acompañan a los individuos en las tumbas, al exterior del fardo o al interior del mismo, son bastante variadas y de mejor acabado, principalmente instrumentos diversos, sean estos para uso productivo, artesanal o personal. Los abalorios y demás adornos personales son otro rasgo notable en su variedad y acabado, muchos de los cuales definitivamente son de proveniencia extraregional (Fig. 17).

Otro elemento importante es la presencia de quipus en algunos contextos funerarios de esta fase. Es ampliamente conocido que los quipus se asocian directamente con funciones estatales del Imperio Inca; sin embargo, su presencia en los contextos funerarios y especialmente su asociación directa con determinados individuos al interior de las tumbas, indican un tipo de relación mucho más personal entre las personas encargadas de su manejo, es decir los *quipucamayoc* y el quipu en sí, o aquellos funcionarios encargados de su resguardo.

El porqué estos quipus, que registran la actividad administrativa del Estado Inca, derivan en el ajuar funerario de estos personajes, es una incógnita; además del hecho de que en algunos casos su número al interior de la tumba es considerable. Un contexto funerario, muy particular por estas mismas características (C.F. 24, Sector I, U. O2), ha sido hallado en las recientes excavaciones llevadas a cabo por los autores. Contenía ocho quipus de tamaño mediano, hechos en fibra de algodón, con diversos tonos de colores similares con los colores y tintes de la costa central que aparecen indistintamente en los textiles recurrentemente elaborados en esta región (Fig. 18). Es interesante también que, salvo los quipus, los otros elementos asociados en la tumba, si bien denotan su pertenencia cronológica con el periodo inca, muestran también una pertenencia cultural a los elementos étnicos locales, señalando quizás que el manejo de los quipus o, mejor dicho, que los



Fig. 6. Armatambo SP1. Graffiti con la representación de una hormiga.



Fig. 7. Armatambo. Recinto de los murales.



Fig. 8. Detalle de unos de los diseños murales con la representación de una planta de maíz.



Fig. 9. Armatambo. Vaso de estilo Inca, de manufactura local, con representación estilizada de plantas de maíz.



Fig. 10. Armatambo. Fragmentos de aríbalo inca polícromo.



Fig. 11. Armatambo. Plato de estilo Inca y manufactura local (Ruales, Tosso y Vallejo 1983).



Fig. 12. Armatambo. Tazón incaico de factura local in situ.



Fig. 13. Armatambo. Textil elaborado en tapiz con escenas de pesca ritual (Museo de Arqueología y Etnología UNMSM).



Fig. 14. Armatambo. Textil con representación de tocapus incaicos.



Fig. 15. Textil incaico elaborado en lana de vicuña, de uso reservado a la alta nobleza.



Fig. 16. Armatambo. Chuspa asociada a los contextos funerarios del Periodo Inca.



Fig. 17. Armatambo. Artefactos de uso personal del periodo inca (depilador de plata y mondaoidos de nácar).



Fig. 18. Armatambo. Quipu hallado en un contexto funerario múltiple.

quipucamayoc no necesariamente eran de origen cuzqueño, sino que se adiestró y empleó a personas locales para estos fines.

Notas

¹ Cobo (1882 [1639]) apunta que la estructura administrativa incaica se basaba en una división demográfica de indios tributarios en grupos de 10, 50, 100, 500, 1000 y 10.000. Señala también que era un nombre genérico el de curaca a todos los que gobernaban de 100 para arriba. Polo de Ondegardo (1916 [1571]) reseña sobre la administración estatal incaica que se «...dividió los gobiernos por Guarangas y Hunos, y tenían sus gobernadores y dende el tiempo del Inga Yupangui se hicieron los ayllos y se puso la orden que a todos es notoria de poner 5 a cargo de 1 y a otro dar cargo de 10, y a otro de 100 y a otro de 1,000 y a otro de 10,000, y poner sobre todos gobernador como el Inga lo hizo...».

² En *Aviso* (Rostworowski 1989) se consigna «...y a cada uno de estos mayores en su jurisdicción hizo diez Caciques de a diez mil Indios, a que llamaron Mayor de Chunga Guaranga,...».

³ Castro y Ortega Morejón (1974 [1558]), en su *Relación*, señalaban que el *Hunu camayoc* podía incluso castigar y matar a cualquier *hatunruna* a él sujeto, salvo que se trate de los *yanacuna* del Inca o de las *mamaconas* y *acllas*, atributo reservado sólo al *Tucuyricuc* o representante del Inca.

⁴ Precisamente el topónimo de Lurín utilizado para el pueblo y río del mismo nombre en la zona de Pachacamac, es una derivación española o criolla del topónimo quechua de *Hurin* Ichma.

⁵ Tello, al observar algunos elementos de la arquitectura de Armatambo, como los adobes empleados en las construcciones, señalaba sobre estos que: «El adobe que existe en Irma-tambo (Armatambo) y en Limak-tambo es en todo semejante al adobe de Pachakamac; es adobe que puede llamarse del tipo último inca, y es el que más se aproxima al adobe moderno. Este adobe se encuentra en Tambo de Mora, en la Centinela, en los Paredones de Nazca, en Paramonga, y siempre se halla sobre las construcciones más antiguas y en asociación con basura que contiene alfarería inca del tipo cuzqueño» (Tello 1999: 37).

⁶ Mariano Eduardo de Rivero (1841) llegó a observar algunos restos de estas pinturas murales en los recintos de la parte alta del Templo del Sol. En su importante publicación *Antigüedades peruanas* decía, a la letra: «En la cima se nota un terraplén en lugar del Templo, cuyos vestigios consisten en algunos nichos y en salones con paredes enlucidas del mismo barro, y restos de pinturas ejecutadas con colores amarillos y encarnados, sin poderse determinar con exactitud la naturaleza de las figuras, como tuve ocasión de observarlo personalmente».

⁷ La palabra quechua «llimpec» es una derivación de «llimpi», que significa ‘color’ o ‘pintura’.

REFERENCIAS

Acosta, F. J. de

1940 *Historia natural y moral de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, México.
[1590]

Bonavía, D.

1959 Cerámica de Puerto Viejo (Chilca), en: *Actas del II Congreso Nacional de Historia del Perú (época pre-hispánica)*, vol. I, 137-168, Centro de Estudios Históricos y Militares del Perú, Lima.

Castro, C. y D. de Ortega

1974 Relación y declaración del modo que este valle de Chíncha y su comarcas se gobernaban antes
[1558] que oviese yngas y despues que los vuo hasta que los cristianos entraron en esta tierra (edición de J. C. Crespo), *Historia y Cultura* 8, 93-104, Lima.

Cieza de León, P. de

1943 *Del señorío de los Incas* (prólogo y notas de A. M. Salas), Solar, Buenos Aires.
[1553]

1947 *Primera parte de la crónica del Perú* (edición de E. de Vedia), Historiadores Primitivos de Indias, tomo
[1553] II, Biblioteca de Autores Españoles XXVI, Atlas, Madrid.

Cobo, B.

1882 *Historia de la fundación de Lima* (introducción, biografía y notas de M. Gonzáles de la Rosa),
[1639] Colección de Historiadores del Perú, Imprenta Liberal, Lima.

1964 Historia del Nuevo Mundo, en: *Obras del padre Bernabé Cobo* (edición y estudio preliminar de F.
[1653] Mateos), Biblioteca de Autores Españoles XCI-XCII, Atlas, Madrid.

Cornejo, M.

2000 La nación Ischma y la provincia inka de Pachacamac, *Arqueológicas* 24, 149-173, Lima.

Díaz, L.

1998 Informe técnico del proyecto arqueológico en la modalidad de rescate Héroes del Pacífico, II etapa, informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.

1999 Informe final del estudio de evaluación arqueológica de los asentamientos humanos Nueva Caledonia II, San Genaro (sección oeste) y 26 de Setiembre, Chorrillos, informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.

2000 Informe del Proyecto Arqueológico de Rescate Asentamiento Humano San Pedro, Armatambo, Chorrillos, informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.

2002 Informe del Proyecto Arqueológico de Rescate La Rinconada (2002), informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.

Díaz, L. y F. Vallejo

2002 Identificación de contextos ichma en Armatambo, *Arqueología y Sociedad* 14, 47-75, Lima.

2003a Hallazgo de pirámides con rampa en Armatambo, *Medio de Construcción* 175, 49-54, Lima.

2003b Variaciones culturales en el valle de Lima durante la ocupación incaica, ponencia presentada al 53º Congreso Internacional de Americanistas, Santiago.

Eeckhout, P.

1995 Pirámide con rampa N.º 3 de Pachacamac, costa central del Perú. Resultados preliminares de la primera temporada de excavaciones (zonas 1 y 2), *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 24 (1), 65-106, Lima.

1999 Pirámide con rampa N.º 3, Pachacamac. Nuevos datos, nuevas perspectivas, *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 28 (2), 169-214, Lima.

Falcón, F.

- 1918 *Representación hecha por el Licenciado Falcón en el concilio provincial sobre los daños y molestias que se hacen a los indios* (edición de H. Urteaga y C. A. de Romero), Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, tomo XI, Sanmartí, Lima.

Franco, R.

- 1993 Los dos templos principales de Pachacamac, *Revista del Museo de Arqueología* 4, 55-77, Trujillo.
- 1996 *El Templo del Sol de Pachacamac. Esplendor y poder*, Diseño, Prensa e Impresión, Lima.
- 1998 *La Pirámide con rampa N.º 2 de Pachacamac. Excavaciones y nuevas interpretaciones*, Trujillo.

Garcilaso de la Vega, I.

- 1944 *Comentarios reales de los Incas* (edición de A. Rosenblat; prólogo de R. Rojas), 2 vols., Emecé,
- [1609] Buenos Aires.

Guamán Poma de Ayala, F.

- 1993 *Nueva corónica y buen gobierno* (edición y prólogo de F. Pease G.-Y.; vocabulario y traducciones de [1616] J. Szemiński), 3 vols., Fondo de Cultura Económica, Lima.

Hyslop, J. y E. Mujica

- 1992 Investigaciones de A. F. Bandelier en Armatambo (Surco) en 1892, *Gaceta Arqueológica Andina* 6 (22), 63-86, Lima.

Jiménez Borja, A.

- 1985 Pachacamac, *Boletín de Lima* 38, 40-54, Lima.

Muelle, J. y R. Wells

- 1939 Las pinturas del Templo de Pachacamac, *Revista del Museo Nacional* 8 (2), 265-282, Lima.

Paredes, P.

- 1988 Pachacamac. Pirámide con Rampa N.º 2, *Boletín de Lima* 55, 41-58, Lima.

Paredes, P. y R. Franco

- 1987 Pachacamac: las pirámides con rampa. Cronología y función, *Gaceta Arqueológica Andina* 13, 5-7, Lima.

Paredes, P. y J. Ramos

- 1994 Excavaciones arqueológicas en el sector Las Palmas, Pachacamac, *Boletín de Lima* 16, 91-96, Lima.

Polo de Ondegardo, J.

- 1916 *Informaciones acerca de la religión y gobierno de los incas por el licenciado Polo de Ondegardo seguidas de las instrucciones de los concilios de Lima* (notas biográficas y concordancia de H. Urteaga; biografía de C. A. Romero), Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, vol. III, Sanmartí, Lima.

Rivero, M. E.

- 1841 *Antigüedades peruanas. Parte primera*, Imprenta de José Masías, Lima.

Rostworowski de Diez Canseco, M.

- 1973 Urpay Huachac y el símbolo del mar, *Arqueología PUC* 14, 13-22, Lima.
- 1975 Pescadores, artesanos y mercaderes costeños en el Perú prehispánico, *Revista del Museo Nacional* 41, 311-349, Lima.
- 1977 *Etnia y sociedad. Costa peruana prehispánica*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 1978 *Los señoríos indígenas de Lima y Canta*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 1989 *Costa peruana prehispánica*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 1999 *El señorío de Pachacamac: el informe de Rodrigo Cantos de Andrade de 1573*, Instituto de Estudios Peruanos/Banco Central de Reserva, Lima.

Ruales, M., W. Tosso y F. Vallejo

- 1983 Informe de las excavaciones de rescate del sector D1 de Armatambo, informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.

Santillán, H. de

- 1968 *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas* (edición de F. Esteve Barba), Crónicas Peruanas de Interés Indígena, Biblioteca de Autores Españoles CCIX, Atlas, Madrid.

Tabío, E.

- 1969 Una tumba tardía de Puruchuco, en: *Mesa Redonda de Ciencias Prehistóricas y Antropológicas*, tomo II, 178-185, Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Tello, J. C.

- 1999 Arqueología del valle de Lima, *Cuadernos de Investigación del Archivo Tello* 1, Lima.

Uhle, M.

- 1903 *Pachacamac: Report of the William Pepper, M.D., LL. D., Peruvian Expedition of 1896*, Department of Archaeology, University of Pennsylvania, Philadelphia.

Vaca de Castro, C.

- 1920 *Informaciones a Vaca de Castro*, Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, segunda serie, tomo III, Sanmartí, Lima.

Vallejo, F.

- 1988 Ritos funerarios en el Perú prehispánico. Análisis de una tumba del complejo funerario de Armatambo, Lima, en: M. Lunghi (ed.), *Ande: Prehistoria Come Progetto, Documenti di Etno-Archeologia Precolombiana*, 381-443, Università Católica del Sacro Cuore, Brescia.
- 1998 Secuencia cronológica en base a la cerámica ichma, separata del Primer Coloquio de Arqueología del valle del Rímac durante el Periodo Intermedio Tardío, Museo de Puruchuco, Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- 2001 ms. Arqueología e historia de Chorrillos, manuscrito en poder del autor.